

Los museos de antropología e historia en México: organización espacial y proyecto ideológico*

Jérôme Monnet**

Los grandes museos mexicanos de arqueología están indiscutiblemente entre los más hermosos del mundo. Sus colecciones, de una riqueza extraordinaria, sólo pueden ser comparadas con las del Cairo, Atenas, París o Nueva York. Sobre todo, en esos museos mexicanos hay algo que falta muy a menudo en los demás: un genio museográfico original y eficaz, fundado en las innovaciones contemporáneas de la arquitectura, la pintura y la antropología nacional.

Cualquier museo tiene el propósito de impulsar un doble movimiento: llevar a los visitantes a las obras y las obras a los visitantes, presentando aquéllas y preparando a éstos, con el fin de dar, en este encuentro, sentido a los objetos que están ante los ojos de los espectadores. Los museos de antropología e historia están, además, estructurados de acuerdo a un proyecto científico-educativo más específico. En ellos se trata de recomponer el rompecabezas de las civilizaciones desaparecidas, de organizar los testimonios de los tiempos pasados de manera inteligible.

La presentación del material y la disposición arquitectónica, que imponen o sugieren un recorrido,

pueden ser tomadas como índices de la perspectiva histórica de los creadores del museo. Desde este punto de vista, algunos museos mexicanos, entre los más importantes y sofisticados, fueron escogidos por lo significativo de su organización espacial respecto a la lectura de la historia que proponen.

En 1944 se abre en la ciudad de México, en un castillo con prestigiosos antecedentes, el Museo Nacional de Historia que describe la evolución del país desde la Conquista hasta la Revolución, entonces ya considerada como perteneciente a tiempos cumplidos, pues se exponía en un museo de historia. Veinte años más tarde, en 1964, la capital acogía el Museo Nacional de Antropología en un edificio flamante, joya de la arquitectura mexicana del siglo XX, y alojaba en un antiguo palacio del siglo XVIII, rehabilitado para este motivo, el Museo de la Ciudad de México.

Al cabo de otros 20 años, en 1986 y 1987 tres nuevos grandes museos fueron inaugurados: el Museo de Antropología del estado de Veracruz, en Xalapa, que sobrepasa al Museo Nacional por sus colecciones de la costa del

Golfo; el Museo del Templo Mayor, que expone en el mismo sitio los hallazgos hechos en las ruinas del mayor santuario de la capital azteca; y el Museo de Artes Aplicadas Franz Mayer, que presenta colecciones de arte y artesanía del México colonial e independiente (sin mencionar sus hermosas colecciones de arte extranjero). Sólo este último se aloja en un monumento histórico. Los otros dos tienen vestidos nuevos, cortados especialmente para ellos. ¿Signo de los tiempos nuevos de la descentralización? Por primera vez, un museo de dimensión nacional fue creado fuera de la metrópoli: lo acogió la capital política y cultural del Veracruz petrolero.

Todos estos museos abiertos en fechas claves del siglo XX mexicano son, por la capacitación histórica de su público, elementos fundamentales en la definición de la identidad nacional, más allá de su importancia como atractivos turísticos y culturales.

El Museo Nacional de Antropología (MNA), como lo dice su nombre, pretende cubrir el país entero y todos los campos de la antropología. Doce grandes salas en la planta baja, subdivididas en varias secciones, exponen los magníficos hallazgos de la arqueología en México. Once salas de etnología

* Este artículo fue publicado en francés en la revista *Culture*, Montreal, 1989.

** Investigador del CEMCA.

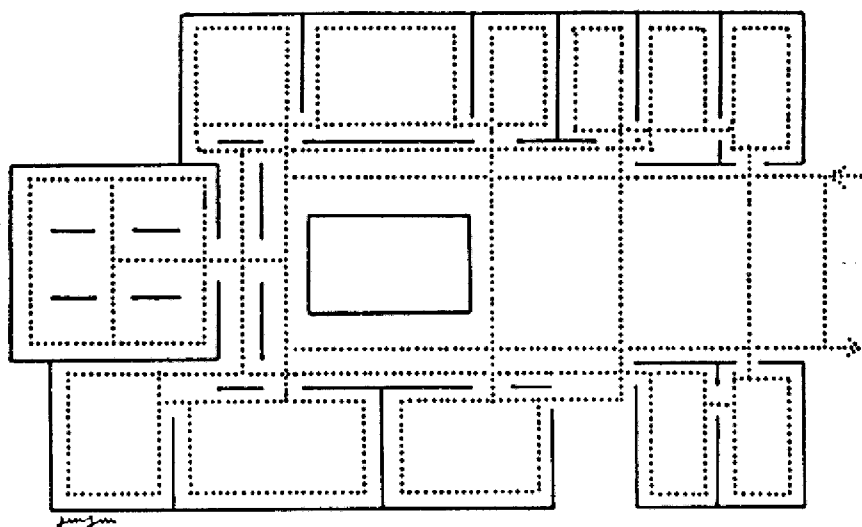


Figura 1 - Museo Nacional de Antropología (planta baja).

en la planta alta dan una imagen de la diversidad étnica y cultural del México indígena.

Lo primero que llama la atención en la estructura del conjunto (Fig. 1) es la convergencia general hacia la sala que cierra el eje del museo. Dedicada a la civilización azteca, es la más grande, y sus proporciones se magnifican por la ausencia del piso alto que disminuye la altura de las demás salas. De manera sintomática, fue bautizada sala "Mexica" y no azteca. El uso del otro nombre, del que fue uno de los antiguos pueblos mesoamericanos, confiere un valor axiomático a la filiación de los mexicanos de hoy con los mexicanos de ayer. El mensaje del museo es claro: el sentido de la historia precolonial es de llegar al imperio azteca del cual el México contemporáneo es heredero. Las otras civilizaciones mesoamericanas, o preparan esta toma de posesión (las salas "Orígenes", "Preclásico", "Teotihuacán" y "Tolteca" preceden a la sala "Mexica"), o bien se quedan al margen (Oaxaca, Golfo, Maya, Norte, Occidente).

Sin embargo, gracias a los diferentes recorridos permitidos por la estructura espacial del museo, esta interpretación de la historia prehispánica no se impone, sino se propone. Haciendo a un lado la excepción significativa de la sala "Mexica", todas las salas tienen dos entradas que se usan en ambos sentidos. La organización en eje del museo, así como los pasajes que abren cada sala sobre las contiguas y el exterior, ofrecen la posibilidad a cada persona de elaborar su propio itinerario. Por ejemplo, si se toma el museo "al revés", en contra del sentido sugerido, se dará una idea más regionalista, y tal vez más justa, de la antigüedad mesoamericana. Esta libertad dada por la arquitectura es reforzada por la comunicación visual y vertical entre las salas de arqueología y las de etnología.

La estructura espacial del Museo Nacional de Antropología orienta así al visitante en favor de una interpretación del pasado, pero autorizando algunas variaciones, y hasta inversiones.

Por el contrario, el Museo de la

Ciudad de México impone un sentido de recorrido, una dirección de lectura. Desde Tenochtitlan, metrópoli del imperio azteca, hasta México, capital de la República Mexicana, no hay nada más que una sola evolución presentada: la que seguimos, recorriendo una sala tras otra (Fig. 2). Desde la entrada, un vigilante insiste con amabilidad para que el visitante empiece por el principio. Después, cada sala va abriéndose exclusivamente hacia otra, una por una. Sin ninguna alternativa, el público es llevado hasta las secciones que magnifican la modernidad y el crecimiento de la ciudad en la perspectiva de los años sesenta, cuando rascacielos y

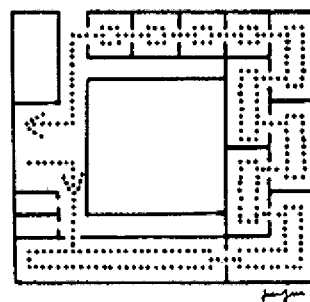


Figura 2 - Museo de la Ciudad de México (primer piso).

autopistas concluyen la historia de la ciudad.

Se podría decir que la estructura peculiar de una residencia aristocrática del siglo XVIII, con su patio central, sus escaleras monumentales y sus salas de etiqueta, no daban muchas opciones a los creadores del museo. No obstante, la imposición del recorrido va más allá de las exigencias de la arquitectura, pues no se permite caminar a la inversa. No sólo se impone una lectura con vía única de la historia de la ciudad, sino también con sentido único.

Dos ejemplos nos muestran que se ha sabido, sin embargo,

liberarse de los límites de circulación en un monumento histórico. Veinte años atrás, en 1944, el Museo Nacional de Historia fue instalado en una antigua ciudadela convertida en residencia imperial en el transcurso del siglo XIX. Aquí se expone una interpretación muy específica de la historia nacional: la Revolución de 1910-1920 es vista como el resultado de la explotación colonial y el fundamento del México moderno. Pero, con las posibilidades de circulación horizontal y vertical, se permite una lectura más personal de los acontecimientos.

Abierto en 1986, el Museo Franz Mayer es diferente, porque restituye el eclecticismo de una colección particular más organizada por el estilo de una individualidad que por un proyecto ideológico. En efecto, en este museo la circulación en doble sentido es la regla y varias veces el visitante tiene que volverse hacia atrás. Por su riqueza y su diversidad, esta colección es un homenaje al genio plástico mexicano de los siglos XVI a XIX. Hubiera sido posible elegir una perspectiva histórica, pero se eligió una organización temática: cerámica, madera, platería, pintura, etc. ¿Rechazo deliberado a la orientación historicista? ¿O mejor aprovechamiento de este antiguo hospital colonial? Queda un museo eficaz que reserva algunas revelaciones (¡la Talavera!) al visitante no conocedor...

Si se debiera probar que las arquitecturas del pasado no constituyen los museos más limitantes, bastaría acercarse al último de los museos mexicanos, en el cual los visitantes son verdaderamente dirigidos. La arquitectura del Museo del Templo Mayor se refiere explícitamente a la estructura del santuario azteca. El Templo Ma-

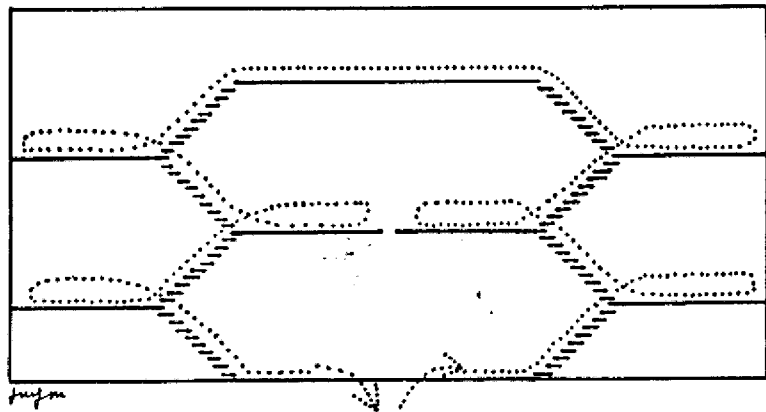


Figura 3 - Museo del Templo Mayor (corte vertical norte-sur).

yor de Tenochtitlan, que ya no es sino un fantasma evocado por sus misteriosos cimientos, era doble, con su pirámide precedida por dos escaleras y coronada por dos cámaras sagradas. El museo le contesta como un eco a través del tiempo, como una réplica soñada por los hombres de hoy, con su estructura dual y sus escaleras paralelas (Fig. 3). En la cumbre del museo hay dos salas dedicadas a los dioses que reinaban en el Templo Mayor. Como en el modelo, el sur aloja a Huitzilipochtli, el norte a Tláloc. El ambiente de un lugar sagrado es reconstituido gracias a una penumbra hábilmente interrumpida por los rayos de luz que iluminan a los objetos. Ni una sola ventana atrae la mirada hacia afuera, excepto la que se abre sobre las ruinas del santuario. Como el templo, el museo da la espalda hacia el oriente y mira al poniente. El propósito es sencillo: se trata de reconstituir el universo azteca, de sumergir a los visitantes del museo en el mundo concebido por los creadores del templo gracias a una cuidadosa escenografía.

La realización de este museo fue sumamente sofisticada y no deja insensible a nadie. Nada queda librado a la casualidad, espe-

cialmente en el caso del recorrido de los visitantes, el cual se puede hacer sólo en un sentido único: el camino sube en caracol hasta el último piso antes de bajar por otro caracol hasta la salida. La arquitectura previó un puente, que hubiera podido permitir acortar el recorrido, dar una libertad frente a la demostración, pero unos custodios lo impiden, para que nadie salga del flujo previsto. La disposición interna del museo lo hace totalmente unívoco: presenta una sola interpretación de la cultura azteca, sin alternativa. El visitante es un espectador que no tiene los medios para elaborar su propio recorrido, lo cual sería una herejía para los "guardianes del templo". Pero esta organización espacial muy específica no impidió al museo alcanzar un récord de popularidad: dos millones de personas admiraron sus maravillosas colecciones en su primer año de existencia.

No habría que ver en la "rigidez" del Museo del Templo Mayor el signo de una evolución de la museografía mexicana. En efecto, el Museo de Antropología de Xalapa, también un espléndido éxito arquitectónico, fue abierto apenas un año antes para presentar las civilizaciones de la costa del Golfo. En éste también ocurre

la sacralización, común a todos los museos, de las obras expuestas al público. De esta manera, la colosal cabeza de piedra olmeca que recibe a los visitantes en el marco sobrio de la entrada, se puede tomar como efigie totémica, como figura emblemática, cuya potente expresividad acompaña al visitante durante todo el paseo.

Después de la entrada, la arquitectura del museo ofrece a primera vista la vertiginosa perspectiva descendente de 18 rellanos en fila (Fig. 4). Sin embargo, un rellano sobre dos permite escapar de este vértigo, abriéndose, ya sea sobre una larga sala de exposición, ya sea sobre un jardín interno. Cada uno de esos espacios se comunica visualmente con los que lo rodean: la arquitectura, así, ofrece una perspectiva tanto sobre lo que ya se vio como sobre lo que se va

a descubrir. Además, los jardines intermedios dan la posibilidad de entrar y salir del edificio, autorizando a interrumpir la visita o a dirigirse directamente a las salas que le interesan a uno. Entonces, el museo se puede recorrer en todos los sentidos. Así, se proponen dos interpretaciones de la historia de Veracruz: la sucesión de las salas sugiere un orden cronológico y una distribución regional, pero sin subrayar las relaciones entre una época y otra, que quedan como hipótesis desde el punto de vista científico.

Estos seis museos, representativos de la capacidad inventiva de la museografía mexicana contemporánea, constituyen (por lo menos algunos de ellos), lo mejor de este campo a nivel internacional. Dan una cierta idea de lo interesante del análisis de la orga-

nización espacial de los museos en el estudio de la ideología histórica que los estructura. En México, este fenómeno se ha visto agilizado por el proceso de formación de la identidad nacional: desde la Revolución, tal vez desde la Independencia, la cultura propia es un elemento fundamental en la definición oficial de la Nación y uno de los medios esenciales de la legitimación del Estado.

Así se explica que los museos mexicanos, gracias al cuidado de los gobiernos sucesivos, sean tan hermosos e importantes. Así se explica también que la estructura espacial de los museos de antropología e historia sea concebida en relación con su doble papel de ser factores de legitimación histórica de un proyecto político nacional y medios de integración de este último.

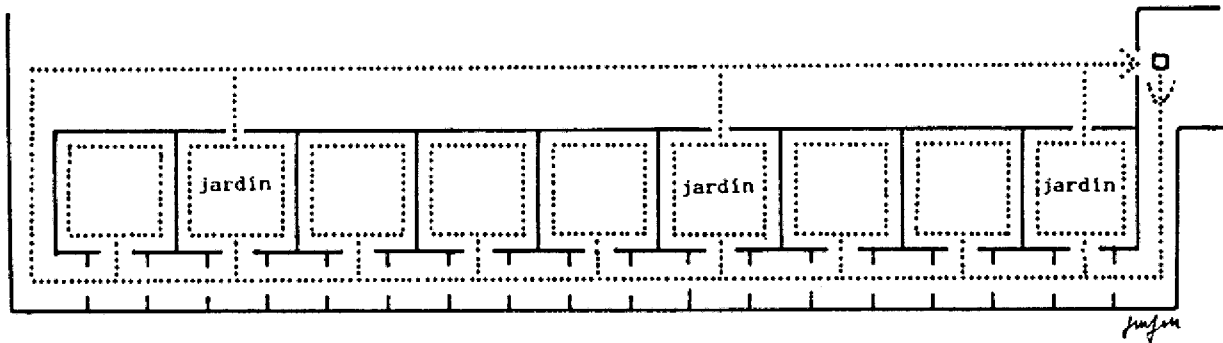


Figura 4 - Museo de Antropología de Xalapa (estado de Veracruz).